

niones populares, todo, en fin, inducía á los americanos á recurrir á los medios extremos. El empeño de obligar á las colonias á tomar cargamentos de té aceleró la crisis. Este artículo se había acumulado en grandes cantidades en los almacenes de Inglaterra, y según ya hemos dicho antes, esperábase que, suprimido el derecho de exportación, no se opondrían los colonos al odioso impuesto de tres peniques por libra, puesto que aun así compraban el té tres peniques mas barato que en Inglaterra. Mas al calcular de este modo los ingleses no contaron con la huéspedada, pues los colonos resolvieron unánimemente, no solo no usar el té, sino impedir que se desembarcase en América.

En 2 de octubre hubo una sesión pública en Philadelphia, y se redactó una protesta contra los impuestos del Parlamento, acordándose además, «que todo aquel que ayudara á desembarcar té, ó lo recibiera ó lo pusiese á la venta, sería declarado enemigo de su país.» Los que se suponía que eran consignatarios del cargamento que se esperaba, fueron vigilados por un comité, pero uno de ellos prometió no tomar aquel artículo, y otro que rehusó hacerlo, tuvo que sufrir una silba del pueblo.

En Boston se escribió un anónimo á los que se sospechaba eran consignatarios de té, citándoles para cierto día y hora bajo el *Arbol de la Libertad*, con objeto de que renunciásen á sus comisiones. El día 3 de noviembre reuniéronse algunos centenares de personas que deseaban ver el resultado; mas como era de esperar, aquellos no hicieron aprecio del aviso, por cuya razón, dos dias despues, celebróse en la Casa de la Ciudad una sesión presidida por Hancock, y se envió un comité á los consignatarios, entre las cuales había dos hijos del gobernador, para aconsejarles que no tomaran ningun

cargamento. Sin embargo, estos dos últimos rehusaron hacerlo como no recibiesen órdenes de Inglaterra, cuya respuesta indignó á los miembros de la junta. Como se esperaba muy pronto la llegada de los buques, celebróse otra sesión el día 18 de noviembre, y se intimó por última vez á los consignatarios, á que no tomaran el té; pero habiéndose negado estos á semejante petición, no se les volvió á decir una palabra. La noche antes, habiendo sido asaltada por la multitud la casa de Clarke, uno de los consignatarios, estos solicitaron ponerse bajo la protección del gobernador y Consejo, pero Bowdoin, presidente de la Cámara, manifestó que no quería intervenir en la cuestión ni salir responsable de los artículos confiados á su custodia. Entre tanto, llegó el primer cargamento de té, y habiéndose convocado una junta el 29 de noviembre en Faneuil Hall, resolvióse amarrar el buque en cierto embarcadero, nombrando una guardia de veinte y cinco voluntarios para que lo vigilase, é intimando al capitán que no descargara si quería evitar un peligro. Como quiera que al día siguiente se reuniera otra vez la multitud, el gobernador declaró que semejante manifestación era ilegal y que por lo tanto mandaría dispersar el pueblo; mas no se hizo aprecio de sus palabras, pues Hancock hizo presente que no podía exigírseles ninguna cosa contraria á la libertad. Los consignatarios espusieron que si se les dejaba descargar el té, lo guardarían en los sótanos hasta recibir nuevas órdenes de Inglaterra, pero el pueblo pidió que los buques se volvieran inmediatamente con su cargamento, y por su parte los empleados de la Aduana rehusaron facilitar la oportuna certificación sin que se descargaran los géneros. De este modo se iba pasando el tiempo, hasta que en el mes de diciembre llegaron otros dos buques, cuya circunstan-

cia indujo á la gran masa del pueblo, cansada de tantas dilaciones, á obrar prontamente.

El día 16 de diciembre se celebró otra sesión en la Casa de la Ciudad, y habiéndose enviado á buscar al dueño de los buques aconsejándosele que pidiera al colector la correspondiente certificación para que se pudiesen marchar aquellos, mas el oficial encargado dijo que no podía expedirla. No siendo posible conseguir nada por esta parte, dirigióse el interesado á ver al gobernador, que se hallaba en su casa de campo de Milton, situada á pocas millas de la ciudad, pero volvió por la tarde con una negativa. Hallábanse los tres buques amarrados uno junto á otro en el muelle de Griffin, cuando Josías Quincy arengó á la multitud, para dirigirla en tono solemne y con su ardiente elocuencia las siguientes palabras: «El espíritu que domina en esta ciudad debe inducirnos á obrar desde luego sin mas vacilaciones, y los sucesos de este día serán el preludio de otros de mas importancia que pueden conducirnos al puerto de salvación. Mirad siempre al fin, y advertid, que todo aquel que suponga que las pruebas por que teneis que pasar hoy terminarán con aclamaciones y gritos de triunfo, abriga una loca esperanza. Debemos ignorar la importancia y valor del objeto por que luchamos; debemos ignorar tambien cuál es la fuerza de aquellos que se han unido contra nosotros; debemos ser ciegos ante la malicia é insaciable saña de nuestros enemigos públicos y privados, y no debeis esperar, en fin, que termine la lucha sin los mas graves conflictos, ni lisonjearos tampoco de que las reuniones populares, las arengas y las vanas aclamaciones serán suficientes para vencer á nuestros enemigos. Consideremos desde luego cuál podrá ser el resultado de la contienda; reflexionemos antes de adoptar esas enérgicas medidas que

serán el origen de la lucha mas espantosa que ha presenciado este país.» (\*) Al pronunciar estas palabras Josías dirigió al pueblo la siguiente pregunta: «¿Persistís en vuestra resolución de no permitir que se desembarque el té?» Una aclamación inmensa fué la contestación, y como ya iba oscureciendo, el pueblo pidió luces poseído del mayor entusiasmo. Entonces oyóse una voz que gritó: «¡Vamos á tomar el té á la Bahía de Boston! ¡Hurra por Griffin!» Eran las seis de la tarde, hacia un tiempo magnífico, y el populacho se dirigió en tropel apresuradamente hácia el puerto, ansioso de ver lo que iba á pasar. Cincuenta hombres disfrazados de Mohawks precedían á la multitud, y al llegar al sitio donde estaban los buques, saltaron á bordo, y apoderándose de trescientas cuarenta cajas de té, las vaciaron en el mar ante la multitud que contemplaba aquella escena silenciosamente. En esta operación se emplearon dos ó tres horas, pero se tuvo cuidado de no maltratar ninguna otra cosa, y cuando el té hubo desaparecido completamente entre las olas, retiróse el pueblo tranquilamente á sus casas (\*\*). Es digno de notar, que ni la tripulación de los buques, ni la tropa, intervino para impedir la destrucción del té, mas es probable se debiera esto á que ninguno sentía ver desaparecer de una vez la causa principal de la disensión. Dícese que al almirante Montague estaba en la tarde del 16 en casa de un amigo suyo, y al ver llegar al populacho que venia del puerto, salió al balcón y dijo: «¡Muy bien, muchachos; supongo que os habreis divertido en grande en vuestra partida de campo, pero advertid que aun os falta pagar el gasto!»— «¡Oh, no importa, caballero! replicó Pitt,

(\*) Memoria de la vida de Josías Quincy, pág. 266.

(\*\*) Véase lo que dice Bancroft acerca de la famosa expedición del té en Boston.

uno de los jefes del pueblo, bajad si quereis, y arreglaremos la cuenta en dos minutos!» Al oír esto el almirante cerró prudentemente la ventana, y la multitud continuó su camino sin hacer ninguna demostracion (\*). Los consignatarios de té en Nueva-York renunciaron, el 25 de noviembre, á recibir dicho artículo, merced á las advertencias é indicaciones que les hizo la Junta popular.

1773. A consecuencia de esto, el gobernador Tryon expidió órdenes para que se llevara el té á los cuarteles, pero á causa del tiempo no llegó el buque que se esperaba hasta el mes de abril del año siguiente, y entonces los pilotos, obrando con arreglo á las instrucciones de un comité de vigilancia, rehusaron entrar en el puerto hasta asegurarse que no había té á bordo. Habiéndose descubierto sin embargo que se llevaban diez y ocho cajas, arrojáronse al agua, y despues de obligar al capitán á levar anclas, le hicieron emprender la vuelta á Inglaterra.

El buque destinado á Philadelphia se detuvo á cuatro millas de la ciudad el día 25 de

(\*) «Anoche, dice Juan Adams en su diario, se arrojaron al mar tres cargamentos de té, y esta mañana ha salido un buque de guerra. Semejante resolucion es de gran importancia, y yo no puedo menos de admirar ese último esfuerzo de los patriotas, que es á la vez digno, magestuoso y sublime. El pueblo no debiera nunca alzarse sino para hacer alguna cosa notable y digna de ser recordada. La determinacion de destruir el té es en sí tan atrevida, tan enérgica, tan intrépida é inflexible, y debe producir tan impertantes consecuencias, que no puedo menos de considerarla como un hecho que formará época en la historia..... Esto, sin embargo, no ha sido mas que un ataque á la propiedad: mas tarde podrá adoptarse otra resolucion cuyo resultado sea la pérdida de muchas vidas, pues no pocas personas desearian ver flotar tantos cadáveres como cajas de té, aunque yo opino que no se necesitarian tantas vidas para destruir la causa y origen de todas nuestras calamidades. La deplorable complacencia con que Hutchinson, los consignatarios de té y los empleados de aduanas han contemplado la miseria y apuros del pueblo y sus constantes esfuerzos para conseguir que el té fuese devuelto á Lóndres, resolviéndose al fin á destruirla, es una cosa que asombra. Es triste pensar que haya personas tan endurecidas y apáticas.

diciembre, pues habiéndose recibido ya noticias de la destruccion del té en

1773.

Boston, el capitán juzgó prudente no desembarcar su cargamento, y se hizo de nuevo á la vela para Inglaterra. El buque destinado á Charleston llegó á esta ciudad el mismo día que el de Nueva-York arribó á su destino, pero aun cuando se desembarcó el cargamento de té, tuvo buen cuidado de ponerlo en sótanos húmedos para que se echase á perder.

1774.

Llegados á este punto, y antes de seguir adelante en la narracion de los sucesos, será oportuno llamar la atencion de nuestros lectores sobre ciertos hechos que hemos omitido por no interrumpir la interesante historia de los días antirevolucionarios.

Habiéndose concluido la paz con los indios en el noroeste, se dió un gran impulso á la emigracion, pero el egoismo y la inmoralidad en las costumbres fueron causa de que se cometiesen grandes injusticias con los indios, siendo el resultado de esto una reñida contienda entre aquellos y los blancos. Los colonos mas atrevidos, fueron avanzando y estableciéndose en las tierras de los indios, sin tener derecho alguno para ello, y agraviados los indígenas por semejantes usurpaciones, con tanto mas motivo cuanto que conocian que la razon estaba de su parte, dirigieron varias reclamaciones á los gobiernos locales, pero estas no fueron atendidas. Al fin, el día 6 de mayo, presentóse en el fuerte

1768.

Pitt una diputacion de las Seis Naciones y entregó una peticion que fué dirigida acto continuo á la Asamblea de Virginia, cuyo presidente, despues de examinado dicho documento, emitió el siguiente dictámen: «Unos cuantos hombres, sin consideracion á las leyes naturales de la justicia, olvidando sus deberes hácia la sociedad y sin tener en cuenta las disposiciones reales, sehan atre-

vido á establecerse en las tierras que se hallan cerca de Redstone, Creek y Cheat River, que son propiedad de los indios, y á pesar de las repetidas advertencias que se les han hecho para que comprendan lo peligroso que es infringir las leyes, siguen aun ocupando un terreno que no es suyo, á despecho de las órdenes y de la autoridad del gobierno.» El gabinete inglés se vió por último obligado á intervenir en este asunto, y habiendo ordenado á Sir Guillermo Johnson que comprase á las Seis Naciones las tierras ya ocupadas, y algunas mas si era posible, celebróse en el fuerte Stanwix un tratado segun el cual se concedió una gran estension del terreno que se halla hácia el Ohio, si bien declararon los indios, que los blancos habian obrado de mala fe para ensanchar su territorio.

La Carolina del Norte, usando el lenguaje de Mr. Grahame, habia sido teatro durante algun tiempo de frecuentes desórdenes, que al fin produjeron una insurreccion tan completamente ajena al movimiento general que dominaba en América, que poco despues se formó un partido realista de los mas fuertes que jamás se conocieran, el cual, desistiendo de las opiniones de sus paisanos en general, favoreció las pretensiones de la Gran Bretaña. A decir verdad, la corrupcion ó ineptitud de los funcionarios del gobierno inglés fué la que produjo los males que hubo que lamentar mas tarde. Ya hemos dicho cuáles eran los abusos de la administracion de aquella provincia, abusos que se esperaba desaparecerian al nombrar gobernador á Tryon, si bien quedó defraudada esta esperanza. Una de las exacciones mas irritantes consistia en los exorbitantes derechos exigidos por los empleados públicos en toda clase de procedimientos, y en particular en la formacion de las escrituras y documentos exigidos por la ley para la validez de las

compras y ventas de bienes. Tryon, obrando con arreglo á sus instrucciones, espidió una circular encaminada á reprimir los abusos; pero como, ya por malicia ó negligencia, se limitó á tomar aquella medida sin llevar á cabo reforma alguna, su conducta sirvió mas bien para sancionar aquellos que para reprimirlos, aumentándose así el descontento general. Además de esto, permitióse, sin que se tratara de remediar el mal, que cierto número de Sheriffs y de recaudadores de impuestos continuaran en descubierto con el tesoro de la provincia, por no haber satisfecho las cantidades recogidas en años anteriores, resultando de aquí un grave perjuicio para los contribuyentes. Poco á poco fué formándose una sociedad compuesta de un gran número de colonos pobres, que admitidos como miembros de aquella con el nombre de *Reguladores*, acordaron y juraron no pagar impuesto alguno hasta tanto que se aboliesen todos los exorbitantes derechos que venian satisfaciéndose, y se castigara á los dilapidadores. El descontento se aumentó por haber votado la Asamblea una considerable cantidad destinada á construir un palacio para el gobernador, en prueba de gratitud pública por la supresion del impuesto del sello; siendo las quejas tanto mas fundadas cuanto que para dicho objeto se decretó el pago de nuevos derechos, precisamente cuando el Parlamento impuso otros sobre el té, el cristal, el papel y las pinturas. Tryon consiguió á duras penas calmar á los *Reguladores* haciéndoles promesas que no se cumplieron. Fanning, uno de los recaudadores de hipotecas, acusado de malversacion de fondos, fué encausado poco despues, y los jueces reales no le sentenciaron mas que á pagar la multa de un penique, aun cuando se probó que era culpable; sentencia mas insultante para el pueblo que si